AÑO XXVI. **PERIODICO DE LAS FAMILIAS.** NUM. 5.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un aoñ80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot fréres, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trage de señorita.—Tira bordada.—Ajuar de casa; rinconera con lambrequin.—Punto de aguja.—Crochet.— Colcha compuesta de tiras.—Botito á punto de aguja para señora. — Guante á punto de aguja para niño.—Calza á punto de aguja. —Vestido para niña. — Bufanda al crochet. — Enagua interior de tafetan color castaño. — Trage corto de nattè gris.—Trage de tafetan negro.—Cuchillo para papel. — Maitagarri.—Los piratas americanos. — Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Trage de señorita.

Este trage es de tafetan azul aciano, con estrellas negras espolinadas. La guarnicion se compone de tiras estrechas negras, con estrellas blancas, puestas siempre sobre dos líneas paralelas.

Tira bordada.

Este dibujo representa un nuevo género de bordado sobre paño ó reps; se trazan los contornos muy ligeramente, luego se rellena el interior de las hojas y de los pétalos, y se borran los contornos. El fondo de la orla, cuyo dibujo publicamos, es de paño color castaño; los arabescos con dos tintas del color castaño, el follage con seda verde chiné; los pétalos de las eglantinas con dos tintas del rosa; su pistilo se hace á punto de nudillos con seda amarilla. Todo el bordado se ejecuta con seda; puede, sin embargo, hacerse con lanas finas.

Un dibujo especial reproduce una de las hojas en ejecucion; una de las mitades de la hoja es semejante al dibujo de la orla, y por consiguiente sin contornos; la otra mitad reproduce una variedad del mismo bordado, que puede combinarse con la otra variedad; aquí los contornos se trazan con lana ó seda, rellenando el interior con punto de nudillos.

AJUAR DE CASA.

Rinconera con lambrequin.

La rinconera se compone de tres tablas cortadas en triángulo, cubiertas por debajo de damasco de lana liso (no adamascado), por encima de una tapicería á dibujos Luis XIII; el lambrequin inferior, igualmente de tapicería de la misma época, está aislado; los dos lambrequines superiores se continúan en tiras fijadas á la pared por algunas puntillas, y terminadas en un fleco de bolillas, de tintas muy ténues, adecuadas á las de la tapicería. —El interior (es decir, las paredes) puede estar forrado de damasco de lana liso, del mismo color que el empleado para las tablas; no hay inconveniente, sin embargo, en que se deje *visible* el papel empleado para forrar habitaciones. La rinconera puede ser aislada; ó bien puede colocarse otra en alguna esquina de la sala, ó finalmente en las cuatro; el tamaño de las tablas es á voluntad; en todo caso no debe exceder de 38 cents. de profundidad, medidos desde la esquina.

Todos los lambrequines con sus tiras se orlan con un cordon grueso de lana. Como primera simplificacion indicaré las tablas cubiertas de terciopelo de lana, y orladas cada una con lambrequin comun de tapicería, suprimiendo las tiras de al rededor.

Tambien se pudieran guarnecer las tablas con un fleco sencillo de lana, y cubrirlas con damasco de lana liso. En todos los casos se ponen las tablas sobre listones de madera comun clavados á la pared.

En un comedor, las rinconeras podrán contener diversos objetos destinados ó *que parecen* destinados al servicio del té, del café ó de la mesa; como tetera, cafetera, azucarero, tazas de porcelana ó platos de loza antigua, jarros, vinageras. La lámpara, colocada en una gran copa de porcelana guarnecida de flores, puede figurar en todas las piezas y por consiguiente colocarse sobre las rinconeras.

En una biblioteca, un gabinete de labor, una sala da confianza, se podrán poner en las tablas libros, álbums, una canastilla para labores, una porcion de objetos pequeños análogos.

En un salon, la rinconera, sobre la que siempre hay una lámpara *con* ó *sin* copa de porcelana guarnecida de flores, no puede contener sino objetos japoneses, ó chinos, ó antiguos, etc.

El intervalo que separa las tablas es á voluntad; solo hay que tener en cuenta la elevacion de la pieza en que se coloca la rinconera; mientras esta pieza sea mas alta de techo, mas considerable deberá ser la separacion, y mayor el tamaño de las tablas, que en este caso no mas podrá llegar hasta 40 ó 45 cents.

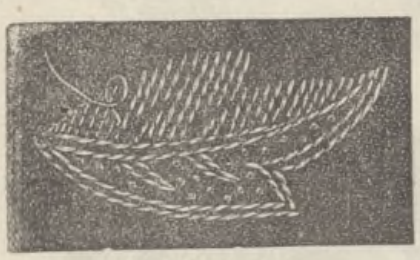
Asientos.—Ya que nos hemos propuesto tener á nuestras lectoras al corriente de la moda en sus relaciones con los muebles, hay que hacer constar aquí que ya no se hacen asientos con muchas tiras de tapicería, alternando con tiras de terciopelo ó reps; no se reforman los que se tienen, pero no se hacen nuevos con esta combinacion.

La moda favorece generalmente las sillas con una sola tira de tapicería puesta en el medio, siendo el resto de paño, ó terciopelo de lana, ó raso liso; estas telas están algunas veces estiradas, pero mas comunmente capitonadas á intervalos muy próximos.

Si la silla tiene un espaldar tapizado, la misma disposicion se repite en él, formando continuacion la tira del medio con la del asiento.

El paño negro, el raso negro, y el terciopelo de lana negro, son muy favorecidos por la moda actual para las sillas ligeras de entrepuertas, las de espaldar

TRAGE DE SEÑORITA.



EJECUCION DE LA TIRA BORDADA.

alto y las butacas enteramente cubiertas. Ya se comprende que este color exige una tira de tapicería de colores vivos; pero esta necesidad lleva tambien en sí el gérmen de muchos desacuerdos con el buen gusto. He visto en casa de un tapicero un gran sillon de espaldar alto, fondo de paño negro, cuya tira de tapicería representaba adormideras color rosa vivo sobre un fondo amarillo-canario; era una cosa horrible.—Otro sillon de la misma forma y el mismo paño, tenia una tira de tapicería sobre fondo blanco; esta era una cosa cómica. Las tiras con dibujos Esmirna, con animales heráldicos, son las que ligan mejor con el paño negro.

Punto de aguja.

Este punto servirá para capuchones, zagalejos, colchas, etc. Se le hace de ida y vuelta, sobre un número de puntos divisible por 4, es decir 8 ó 12, ó 16, ó 20 etc.; esta vuelta se repite siempre: alternativamente un punto al revés y 3 al derecho.

Crochet.

Este punto es una variedad del crochet tunecino. Se hace una cadeneta del largo que se necesite.

1.ª *vuelta.*— Alternativamente un echado (se echa la hebra sobre el crochet), un buclecillo tomado en cada punto como cuando se quieren levantar los puntos en la primera fila del crochet tunecino; se conservan todos los buclecillos en el crochet.

2.ª *vuelta.*—Se desmonta cada punto juntamente con su echado.

3.ª *vuelta.*—Como la 1.ª, pero cada buclecillo se toma en el lado horizontal de la vuelta anterior, es decir en el sitio indicado por una flecha.

Colcha compuesta de tiras.

MATERIALES. — Canevas Java; fieltro muy claro; lana céfiro negra; lana encarnada.

Esta colcha se compone de tiras alternadas de canevas Java y á punto de aguja; las primeras se adornan con un bordado ejecutado con lana negra y se festonean por sus lados largos con la misma lana, por sus lados trasversales con lana-fieltro del color del canevas; este tiene 15 cents. de ancho para cada tira; su largo depende del tamaño que se quiera dar á la colcha; se doblan las tiras por ámbos lados en un espacio de un centímetro, y luego se ejecuta el feston negro.

Tiras labradas á punto de aguja. — Se arman 62 puntos con lana encarnada, y se trabaja de ida y vuelta. El primer punto de cada aguja se levanta sin hacerse; su último punto se hace alternativamente una vez al derecho y otra al revés: estos dos puntos son independientes del dibujo y no volverán á mencionarse en el curso de la explicacion.

1.ª *vuelta.*—20 al revés, —2 echados,—20 al revés,—un echado, —20 al revés.

2.ª *vuelta.*—* 8 al derecho, — dos menguados (es decir cada vez 2 puntos hechos juntos),—8 al derecho,—un echado,—1 al revés,—1 al derecho (estos dos últimos puntos se hacen sobre los 2 echados de la vuelta anterior),—1 echado,—vuélvase una vez desde *,—8 al derecho,—2 menguados,—8 al derecho. En las vueltas siguientes se hará solamente un punto sobre el doble echado, *á menos de indicacion contraria.*

3.ª *vuelta.*—* 7 al revés,—2 menguados,—7 al revés,—1 echado,—4 al revés,—1 echado,—vuélvase una vez desde *,—7 al revés, —2 menguados,—7 al revés.

4.ª *vuelta.*—* 6 al derecho, —dos menguados,—6 al derecho,—1 echado,—6 al derecho —1 echado,—vuélvase una vez desde *,—6 al derecho; —2 menguados,—6 al derecho.

5.ª *vuelta.*—* 5 al revés,—2 menguados,—5 al revés,—1 ecdado,—8 al revés,—1 echado;—vuélvase una vez desde *, —5 al revés, —2 menguados,—5 al revés.

6.ª *vuelta.*—* 4 al derecho, —dos menguados,—4 al derecho,—1 echado,—10 al derecho, — 1 echado,—vuélvase una vez desde *, — 4 al derecho,—2 menguados, —4 al derecho.

7.ª *vuelta.*—* 3 al revés,—2 menguados,—3 al revés,—1 echado,—12 al revés,— 1 echado, — vuélvase una vez desde *, — 3 al revés, — dos menguados,—3 al revés.

8.ª *vuelta* —* 2 al derecho, — dos menguado,—2 al derecho,—1 echado,—14 al derecho, — 1 echado, — vuélvase una vez desde *,—2 al derecho,—2 menguados, —2 al derecho.

9.ª *vuelta.*—* Uno al revés, — dos menguados,—1 al revés, — 1 echado,—16 al revés,—1 echado,—vuélvase una vez desde *,—1 al revés,—2 menguados,—1 al revés.

10.ª *vuelta.*—* 2 menguados,—18 al derecho,—vuélvase una vez desde *,—2 menguados. —Esta vuelta debe tener 42 puntos, además de el del principio y el del fin.

11.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho.

12.ª *vuelta.* — Enteramente al revés.

13.ª *vuelta.*— Enteramente al derecho. El dibujo está formado por estas 13 vueltas; se las repite sin cesar desde la 1.ª hasta la última, pero debiendo el dibujo ir *contrapuesto*, se principia por el crecido.

14.ª *vuelta.*— (1.ª de la repeticion del dibujo),—1 al derecho,—1 echado,—20 al derecho, —1 echado, —20 al derecho,—1 echado,—1 al derecho.

15.ª *vuelta.*—1 al revés,—* 1 echado,—1 al revés,—1 al derecho (estos 2 últimos puntos se hacen sobre el echado de la vuelta anterior),—1 echado,—8 al revés,—2 menguados, —8 al revés,—vuélvase una vez desde *,—1 echado,—1 al revés,— 1 al derecho,—1 echado (los dos puntos sobre el echado de la vuelta anterior), 1 al revés.

Es fácil en adelante continuar el dibujo. Cuando se ha hecho un número suficiente de tiras, se rellenan al crochet los vacíos de los lados largos, á fin de que estos estén en línea recta. En cada vacío se hace: un punto sencillo,— una media brida, —2 bridas,—una doble brida,—una triple brida, —una doble brida,—2 bridas,—una media brida. Todos estos puntos se distribuyen de modo que el sencillo se encuentre sobre la punta del feston, y la brida triple en el hueco del mismo. Se cosen unas con otras todas las tiras de modo que el borde festoneado de negro del canevas Java exceda un poco de la tira á punto de aguja sobre la que descansa.

TIRA BORDADA.

Botito á punto de aguja para señora.

MATERIALES.—Para el par; 128 gramos de lana céfiro encarnada, de 10 hilos, 64 gramos de la misma lana negra.

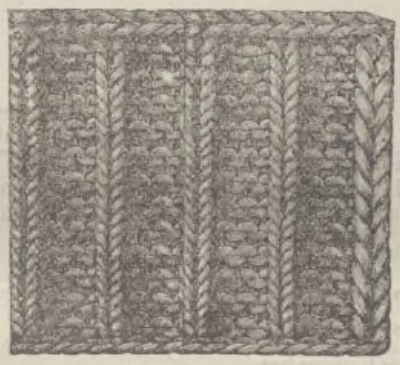
Este botito puede llevarse en casa, ó bien sobre otro calzado para ir á la iglesia, para paseos en carruage, para viages, etc.

El dibujo del exterior se compone de cuadros encarnados y negros; el forro interior se hace todo él con lana encarnada y siempre al derecho; este forro, doblado hácia afuera, forma una vuelta, á la que se une una guarnicion imitando pieles.

El modelo está preparado para un pié mediano; el largo es de 27 cents. desde el talon hasta la punta: este tamaño puede modificarse en ámbos sentidos opuestos aumentando ó disminuyendo el número de los puntos.

Se principia por el lado esterior, armando sobre agujas de acero de mediano grueso 162 puntos con lana negra; estos se reunen en redondo; las 3 primeras vueltas se hacen enteramente al revés; en la 4.ª se añade la lana encarnada, y se hacen desde la 4.ª hasta la 7.ª vueltas alternativamente, 3 puntos al derecho con lana encarnada, 3 al revés con lana negra. Estas 7 vueltas forman una *fila* del dibujo que se repite sin cesar.

Con la 8.ª vuelta se principia el menguado, que se verifica siempre en los mismos sitios; se hacen en una vuelta los dos primeros puntos juntos, en la siguiente los dos últimos puntos juntos, y así se sigue alternativamente; además en la 5.ª vuelta (contando desde la 1.ª en la que se mengua), se mengua un punto al principio y otro al fin, es decir que los dos menguados se verifican esta vez en la misma vuelta. De es-



PUNTO DE AGUJA.

te modo se labran 52 vueltas, luego se dividen los puntos entre los dos menguados y se hacen 22 vueltas, de ida y vuelta para formar la hendidura, pero menguando un punto al principio solamente de cada vuelta; la última (la 72.ª) se compone de 84 puntos; se desmonta.

El forro se hace enteramente al derecho; se toma la lana encarnada y se arman 146 puntos, sobre los cuales se labran 7 vueltas. —El menguado principia en la 8.ª y continúa hasta la 42.ª, siguiendo las indicaciones dadas arriba para la parte exterior, luego se dividen los puntos para la abertura, y se hacen de ida y vuelta 16 vueltas, despues de las cuales se desmonta. — La plantilla se hace al crochet con lana negra, á puntos sencillos, para cada uno de los cuales se pica el crochet en el punto entero de la vuelta anterior; se emplea un patron de la plantilla cortado de papel, y se copian sus contornos aumentando y disminuyendo el núm.° de puntos. El botito y su forro se cosen al rededor de la plantilla, luego ámbas cosas juntas, por su borde superior, que se guarnece con una imitacion de piel hecha con lana negra, al crochet, sobre un molde de fleco, que tenga 2 cents. y medio de ancho; se toma la lana triple para hacer esta piel; se la cose en su sitio, y luego se cortan buclecillos de lana.

RINCONERA CON LAMBREQUIN.

Guante á punto de aguja para niño de 1 á 3 años.

MATERIALES.—Para el par: 20 gramos de lana céfiro blanca; 12 gramos de la misma lana azul; agujas de acero de mediano grueso; un molde de red que tenga 3 cents. de circunferencia (medida con un cabo de hilo).

Este guante se labra al derecho con lana blanca, y se completa con el manguito, que se compone de vueltas caladas sobre las cuales se fija una especie de guarnicion figurando piel hecha de buclecillos azules y blancos que se ejecutan con el molde de red; ámbos lados del manguito se orlan con una vuelta calada, por la que se pasa un cordon azul terminado por borlas. Se principia el guante por el borde inferior del manguito armando 42 puntos que se reunen en redondo, y sobre los cuales se hacen 3 vueltas al derecho y una al revés.

5.ª *vuelta.*—Alternativamente un echado y 2 puntos hechos juntos.

6.ª *vuelta.*—Al revés.

7.ª á 13.ª *vuelta.*—Al derecho.

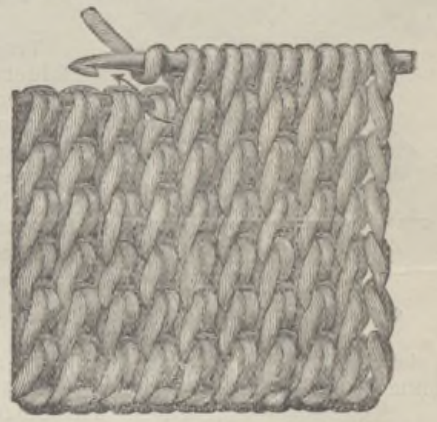
14.ª á 23.ª *vuelta.* — Alternativamente una vuelta calada (como la 5.ª) y una al derecho.

24.ª á 29.ª *vuelta.*—Al derecho.

30.ª *vuelta.*—Al revés.

31.ª *vuelta.*—Como la 5.ª

32.ª *vuelta.* —Al revés.



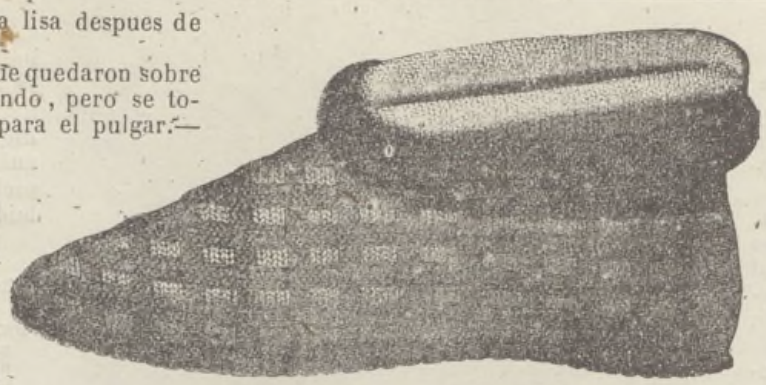
CROCHET.

El fondo calado del manguito queda terminado; se hacen 6 vueltas al derecho sobre el mismo número de puntos, luego se principia la punta del pulgar sobre uno cualquiera de los puntos de la 7.ª vuelta; en cada lado de este punto se crece uno; despues de cada vuelta con crecido, hecho siempre en el mismo sitio, se hace una vuelta lisa (sin crecido); hay en todo 17 vueltas con crecido y 7 sin él), debe haber diez y siete puntos entre los 2 crecidos; desde aquí se labra el pulgar por separado; tomando estos 17 puntos sobre 2 agujas. Se arman 10 puntos nuevamente sobre una tercera aguja, se reunen los 27 puntos en redondo, se hacen 5 vueltas y se mengua cada vez un punto al principio y al fin de los 10 puntos añadidos, lo cual forma una punta que termina con la 5.ª vuelta; se hacen otras seis vueltas, sin crecido ni menguado; luego se forma la punta del pulgar menguando un punto des-

COLCHA COMPUESTÁ DE TIRAS.

pues de cada 5.ª vuelta; se hace una vuelta lisa despues de cada vuelta con menguado.

La *mano* que se continúa con los puntos que quedaron sobre las otras agujas, trabajando siempre en redondo, pero se toman los puntos de orilla de los 10 añadidos para el pulgar.—En las 5 vueltas siguientes se forma una punta menguando un punto por cada lado de los 10 añadidos. Se hacen en seguida 10 vueltas sobre el mismo número de puntos; despues de la última de estas se principiá a formar la punta superior del guante, menguando por cada lado, pero reservando 19 puntos para el dorso de la mano, y otros 19 para la palma; los 2 puntos de mas de cada lado separan los menguados; estos se verifican en cada 2.ª vuelta, antes y despues de los dos puntos arriba dichos. Cuando está terminado el guante en punta, se adorna el dorso con cruces hechas con lana azul; en cada echado de las vueltas caladas del manguito se hacen alternativamente seis buclecillos blancos y 6 azules al feston, sobre el molde indicado arriba.



BOTITO Á PUNTO DE AGUJA PARA SEÑORA.

GUANTE A PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO 1 A 2 AÑOS.

CROCHET RELIEVE (ORLA DE LA BUFANDA).

Vestido para niña de 10 años.

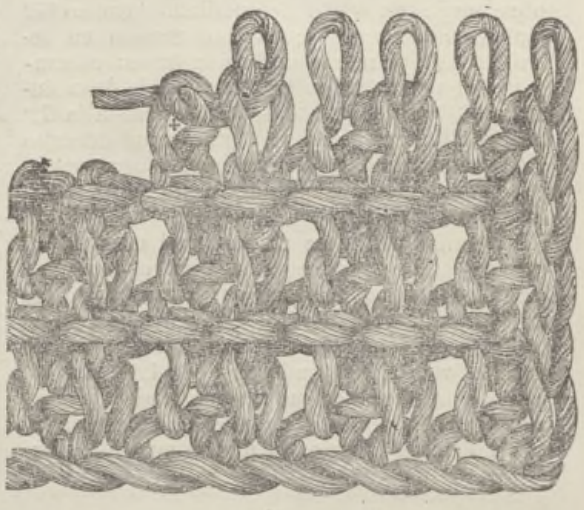
Trage de lana gris; corpiño con faldeta redonda; la guarnicion se compone de un galon-cachemira orlado por ámbos lados con un fleco negro muy estrecho; sobre la enagua el galon figura una túnica, en línea lijeramente ondulada.

Calza á punto de aguja para niño de 3 á 5 años.

Esta calza, labrada con lana parda, va guarnecida por encima del tobillo con una tira hecha al crochet con lana negra, imitando astracan.

Se toman agujas de acero de mediano grueso, y se arman 88 puntos reunidos en redondo, sobre los cuales se hacen 34 vueltas que se componen alternativamente de dos puntos al derecho y 2 al revés. Con la 35.ª vuelta principia la rodillera, hecha de ida y vuelta. Se toman sobre una aguja suplementaria 12 puntos de la última, y sobre los cuales se hace la primera de la rodillera; al fin de cada aguja se toma el punto mas próximo de las otras agujas, de modo que la rodillera aumente en un punto con cada aguja; se le continúa de este modo alternativamente de un punto al revés y uno al derecho; se *contraponen* estas rayas en la 8.ª vuelta, puesto que, sobre 2 puntos, se *levanta* el primero sin hacerlo, se hace el 2.º al derecho, se le vuelve á tomar el punto levantado, y se le hace al revés antes de dejarlo deslizar fuera de la aguja; se hacen en seguida 7 vueltas compuestas alternativamente de un punto al derecho y uno al revés, y así se continúa.

La *pantorrilla* cuenta en todo 8 repeticiones de este dibujo, y se termina por 3 vueltas al revés, 3 al derecho y otras 3 al revés; se hacen en seguida 36 vueltas al derecho que hasta que no quaden mas que 42 puntos de la labor rayada primitiva; en adelante se hará la rodillera por separado, y se mengua un punto al principio y al fin de cada vuelta hasta que queden solamente 12 puntos. Se levantan en seguida por cada lado de estos 12 puntos un número de ellos suficiente para formar 88 en todo; se hacen 34 vueltas en redondo, compuestas alternativamente de 2 puntos al revés y 2 al derecho. Se hacen en seguida 3 vueltas al revés, 3 al derecho, y otras 3 al revés; en la última de ellas se hacen juntos los dos primeros y los dos últimos puntos, y se repite este menguado en cada 6.ª vuelta de la pantorrilla que se empieza. Para esta última se hacen primero 7 vueltas, compuestas sirven de forro á la imitacion de astracan; este se hace con lana negra, sobre un largo igual al ancho inferior de la calza, y se compone de 7 vueltas; para la imitacion de astracan daremos en otro número las explicaciones convenientes; esta tira se cose á la calza.



CROCHET ANUDADO (FONDO DE LA BUFANDA).

VESTIDO PARA NIÑA DE 10 AÑOS.

Bufanda al crochet.

MATERIALES.- 130 gramos de lana céfiro blanca de 8 hilos; 32 gramos de la misma lana encarnada; un crochet de mediano grueso.

El fondo se hace con lana blanca al *crochet-nudo*; la orla con lana punzó y lana blanca al *crochet-relieve*. Se hace para el fondo una cadeneta de 34 puntos, y contando el último como primero de la vuelta siguiente, se trabaja del modo siguiente:

1.ª *vuelta*. — * Se pasa la hebra por el punto mas próximo, se la conserva sobre el crochet (llamaremos á este punto un *buclecillo*),—un punto en el aire (los dos puntos que se conservan sobre el crochet se desmontan con un punto en el aire),—un buclecillo en el último buclecillo (este está designado en el

BUFANDA AL CROCHET.

CALZA A PUNTO DE AGUJA.

CUCHILLO PARA PAPEL (PINTURA SOBRE MADERA).

dibujo por una crucecita),—un buclecillo en el punto siguiente de la cadeneta. Vuélvase siempre desde *.

2.ª *vuelta.*—Cada punto se desmonta con un punto en el aire.

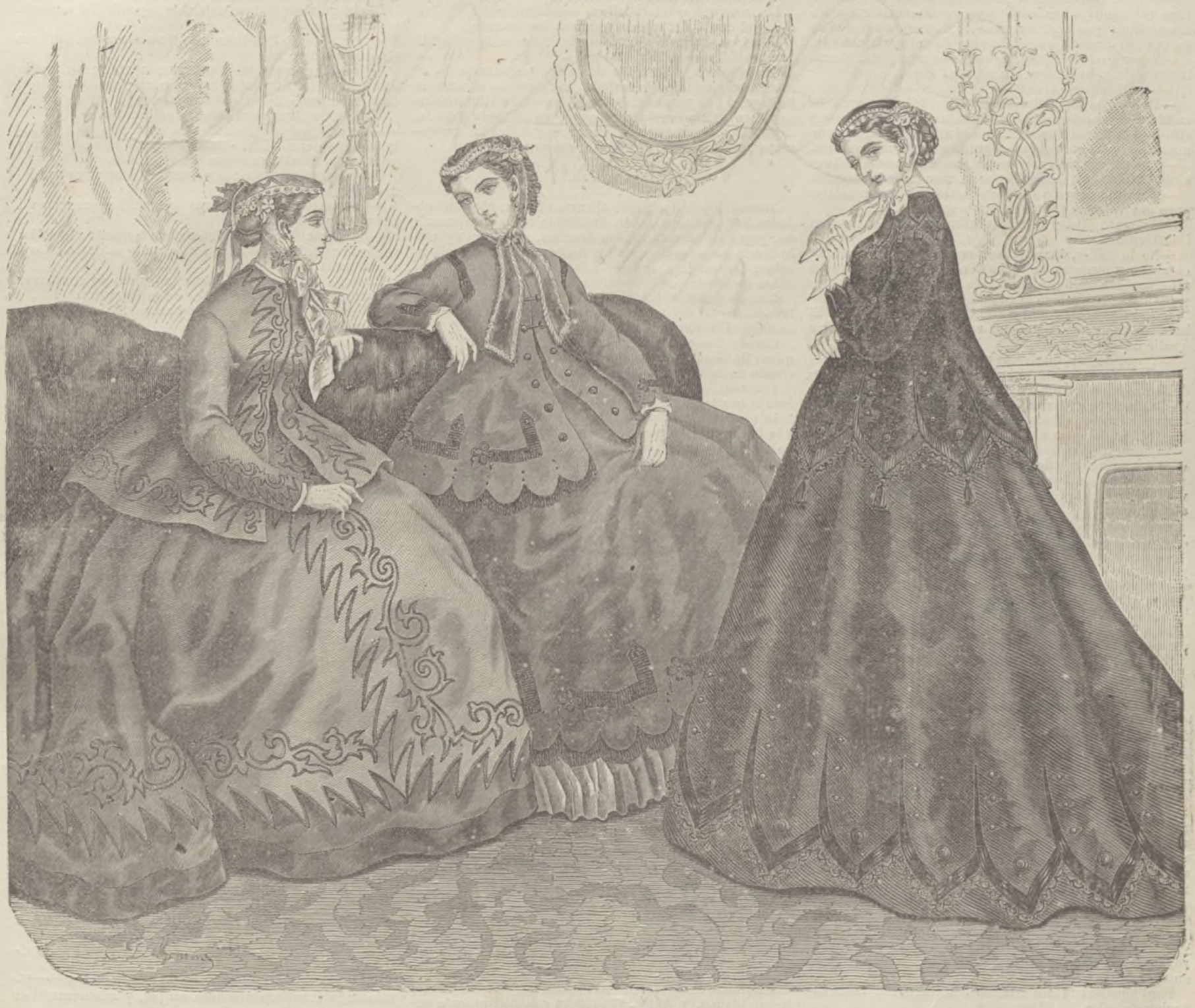
Se repiten sin cesar estas dos vueltas qué forman el dibujo, pero en la primera de ellas se pica siempre el crochet en el lado de detrás del punto perpendicular. El fondo de la bufanda se compone de 64 repeticiones del pibujo, por consiguiente de 130 vueltas en todo. Despues de la última vuelta se pica siempre en el lado de detrás perpendicular de cada punto, y en él se hace un punto-cadenetá.

1.ª *vuelta de la orla.*—En cada punto de la vuelta anterior se hace uno sencillo picando debajo del punto entero, y así como en los puntos sencillos de las vueltas siguientes. Se dirige la hebra sobre el crochet, no de atrás adelante, sino de delante atrás, luego se hace un punto en el aire al fin de cada vuelta.

2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo (para cada punto sencillo se pica el crochet en el lado horizontal de detrás de cada punto),—* una brida en el 2.º punto siguiente de la vuelta anterior (picando el crochet debajo de los dos lados perpendiculares de este punto),—un punto sencillo en el mismo punto.—1 sencillo en cada 1 de los siguientes (picando en en el lado horizontal de detrás),—una brida en el punto sobre que se ha hecho la brida anterior.—Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en cada uno de los 4 primeros de la vuelta anterior,—1 sencillo sobre el *pasado* en la vuelta anterior,—1 sencillo en cada 1 de los 3 puntos siguientes. Vuélvase desde *.

Se repiten alternativamente las vueltas 2.ª y 3.ª que forman el dibujo, pero en cada repeticion de la 2.ª vuelta se hace la brida en relieve sobre el lado perpendicular del punto que abraza dos vueltas; la orla se compone de tres tiras blancas y dos encarnadas, cada una compuesta de tres dibujos, es decir de 6 vueltas, y además de la tira superior que tiene solamente 4 vueltas. Se rodea cada lado largo de la bufanda con la vuelta siguiente: —lana blanca: * un punto sencillo, —5 en el aire, —una brida en el primero de estos 5 puntos,—se pasan 3 de los puntos de orilla y se vuelve á empezar desde *. En los lados transversales se hacen festones compuestos de un punto sencillo y 5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos: en cada feston se atan 4 hebras de lana blanca, cada una de 24 centímetros.



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Enagua interior de tafetan color castaño, orlado con una tira de terciopelo inglés del mismo color; trage de popelina lisa color castaño, recortada en forma de dientes de sierra orlados con un ruló pequeño de tafetan del color del trage. Bordado ejecutado con galones estrechos color castaño. Paletot algodonado igual al trage.

Trage corto de nattè gris, adornado con galones y fleco negro de felpilla. Enagua interior plegada de cachemira encarnada. Paletot igual al trage.

Trage de tafetan negro, adornado con festones de terciopelo negro orlados de encage estrecho; en cada feston, botones negros de pasamanería, con ojales figurados de trencilla negra. Paletot de terciopelo negro con festones de moer negro.

Cuchillo para papel (pintura sobre madera).

MATERIALES.—Un cuchillo de madera de tilo; tinta de China; sépia; albayalde; algunos pinceles.

La pintura sobre madera es un arte esencialmente femenino; cofrecillos de todos tamaños, muebles pequeños, como veladores, etc., pueden decorarse de este modo; todos estos objetos deben hacerse de madera de tilo, sin pulimentar, lisos y planos. Se trasladan á ellos los dibujos como si se tratara de trasladarlos á una tela, luego se fijan los contornos (y las venas si se pintan flores) con tinta de China, empleando un pincel ó una pluma muy blanda; se pintan con sépia las partes oscuras, dejando aparecer el color de la madera en todas las partes claras; se cubren todas las partes marcadas en blanco con albayalde, y habrá que volver muchas veces sobre estas.

En nuestro modelo, el fondo está pintado con sépia, los arabescos, de tinta mediana, conservan el color de la madera, los pormenores entintados de blanco se cubren con albayalde. Para el otro lado del cuchillo se invierte esta disposicion.

Cuando los colores estén secos se hace pulimentar el cuchillo por un ebanista.

MAITAGARRI.

(CONCLUSION.)

Cuanto la imaginacion mas poética de Oriente pudiera inventar de maravilloso, se hallaba reunido en el vasto salon á donde fué conducido el caballero.

La bóveda resplandecia como si hubiese sido contruida de un solo diamante pulimentado: altas columnas de estaláctitas, que figuraban serpientes de cristal entrelazadas las unas, guirnaldas de flores las otras, sostenian aquella techumbre brillante: franjas de azucenas unidas entre sí, hojas de parra silvestre mezcladas con flores de granado, rojas como el rubí, formaban festones que en-

cantaban la vista; y bajo un dosel de agua cristalizada, se veia un trono ó reclinatorio de musgo, suave como la piel del armiño, mullido como los almohadones donde se reclinan las perezosas odaliscas orientales.

Muellemente recostada en aquel lecho, reposaba la reina de mansion tan maravillosa; chapines rojos cubrian sus piés, y una tela bordada de oro, velaba su rostro.

Cuando el caballero entró, alzóse perezosamente, tomó una postura voluptuosa y separó el velo.

Sus ojos de azabache se fijaron en Juan de Arpide; una sonrisa encantadora resbaló por sus labios de coral; y con una mano modelada por las gracias, hízole seña de que se acercara y se sentase á su lado.

Verificólo así el caballero y las doncellas desaparecieron.

—Juan de Arpide, le dijo con voz tan melodiosa que el caballero tembló de placer: has entrado en mis dominios en hora vedada; has sorprendido mi sueño: has interrumpido mis fiestas: digno eres de castigo.

—Señora, contestó Juan, admirado al ver aquella belleza celestial: yo ignoraba hasta vuestra existencia en estos sitios; y si efectivamente he cometido los delitos de que me acusais, culpa ha sido de mi mala estrella.

—Y por eso te perdono, repuso la encantadora. Sin mi intervencion, tu muerte era segura.

—Cómo? sabriais acaso?

—Yo todo lo sé: oculta en la oscuridad, presencié tu combate de anoche; adiviné tu caida; y si cuando se verificó no hubieras encontrado en el aire brazos que aminorasen el golpe tu cuerpo se hubiese hecho mil pedazos.

—Y cómo agradeceros, señora, tan señalado favor? exclamó Arpide casi fascinado por la mirada de Maitagarri.

—Nada me debes: yo te he salvado la vida, es cierto: pero esa vida me pertenece en lo sucesivo.

—Señora... dijo el caballero mirando con temor á su interlocutora.

—No lo dudes, Juan. Y aun creo debieras agradecer esta nueva muestra de mi cariño. Bien merezco que á mi amor se sacrifique el de Inés de Iturrioz.

Juan de Arpide bajó la cabeza y nada contestó.

—No respondes, Juan? sin embargo, asi ha de ser. El hombre que como tú penetra en mi morada, no vuelve á salir de ella.

—Y vos, deseais que yo os ame?

—Sí, lo deseo; contestó la hada incorporándose del todo. Pero deseo ser amada exclusivamente: deseo que todos tus pensamientos se figen en mi: que tu cuerpo y tu alma sean mios, absolutamente mios.

—Señora, dispensadme si os soy franco en demasía; pero desde ahora os aseguro, que jamás conseguireis los deseos que acabais de manifestarme.

—Cómo no? exclamó la encantadora, cuyo rostro se revistió de una expresion tal, que el caballero se retiró algun tanto.

—Vos misma habeis dicho que no ignorábais mi amor á Inés de Iturrioz.

—Bah! contestó Maitagarri; cuando conozcas el que yo te profeso, no titubearás en entregarme tu corazon.

—Imposible.

—Imposible! Pues así ha de ser.

Y la encantadora mostró á los ojos atónitos del caballero las mismas facciones, la misma mirada, idéntica voz que Ines de Iturrioz.

Solo se notaba una diferencia; el mirar modesto de la vírgen guipuzcoana, habia sido reemplazado por el ardiente y atrevido de las cortesanas.

Juan de Arpide creia soñar: habian desaparecido los dolores de su cuerpo; ya no sentia la falta de alimento: fijos sus ojos en los ojos negros de Maitagarri, se embriagaba en el deleite que los de la encantadora le ofrecian.

—Escucha, amado mio, prosiguió acercándose á él: yo te haré el mas feliz de los mortales; ¿quieres gloria? Habla, y la corona del vencedor ornará siempre tu frente. ¿Quieres riquezas? Pide, y verás levantarse palacios para cobijarte; armaduras brillantes para defenderte; ropas preciosas para adornarte, pages, damas y escuderos para servirte. ¿Quieres amor? Tendrás el mio; eterno: un amor en cuya comparacion todos los demás son frialdad, indiferencia.

—Oh! Inés, Inés: exclamó el caballero fascinado, medio loco.

—Sí, te amaré mas que á mi misma.

Y esto diciendo, la encantadora rodeaba con sus brazos blancos el cuello de Juan de Arpide y estampaba en su boca besos voluptuosos.

Pero aquellos brazos estaban frios, aquellos besos carecian de calor.

Juan sentia correr por sus venas un extremecimiento de placer mezclado de terror.

La encantadora habia de nuevo cambiado de formas; ya no era Inés: era el tipo de la belleza ideal: era lo que debió ser Eva cuando salió de las manos del Criador.

El caballero creyó ver en lontananza la imágen de su amada, como el primer fulgor de la aurora despues de una noche de tempestad.

Comparaba la sin igual hermosura de la mujer que tan cerca tenia, con el semblante puro y modesto de Inés...

Luchaba el caballero entre el deseo de poseer el amor de aquella mujer voluptuosa, y el de huir de sus impuros brazos, para gozar de una dicha mas tranquila cerca de la vírgen de Iturrioz.

Esta lucha no duró mucho tiempo.

Conoció el caballero que la atmósfera impregnada de vapores de aquel salon, iba produciendo un efecto soporífero en todo su cuerpo: apoderóse de sus miembros cierta laxitud invencible; comenzaron á cerrarse sus párpados; y cuando por un esfuerzo supremo quiso levantarse del reclinatorio de musgo y desprenderse de los brazos de Maitagarri, cayó pesadamente en el regazo de la encantadora, y quedóse profundamente dormido.

Entonces Maitagarri llamó á sus compañeras, quienes vertiendo aguas olorosas sobre el lecho de musgo, refrescaban el ambiente perfumado, meciendo grandes abanicos de gasa, vertiéronle asimismo en los labios algunas gotas de un licor rojo.

Contempló la encantadora con indecible complacencia el rostro del dormido; y una inefable sonrisa asomó á sus labios al posarlos de nuevo en la boca de Juan de Arpide.

De repente las luces misteriosas que tan expléndidamente iluminaban la estancia, fueron perdiendo su brillo: la encantadora se recostó junto al caballero: pintóse en su rostro, como en el de las demás doncellas, una profunda tristeza; sus cuerpos aéreos tornáronse mas diáfanos, mas impalpables, conforme la claridad disminuía: y muy luego desaparecieron convertidas en niebla que á su vez se disipó, quedando la caverna sumida en completa oscuridad.

Los ronquidos del caballero resonaban entre las rocas, y el canto del colorin animaba los bosques.

El sol acababa de asomar su faz rubicunda sobre la cumbre del monte Aya.

Cuando Juan de Arpide despertó, encontróse en el mismo mágico salon, recostada su cabeza en el seno de Maitagarri, cuyos aterciopelados ojos estaban fijos en los suyos, como queriendo sorprender su primera mirada.

Una mesa servida con abundantes y delicados manjares ocupaba el centro del vasto aposento.

EL ROMERO.

Antonio habia marchado al campamento; algunos soldados le digeron que Juan de Arpide habia desaparecido, y que su hermano Gil de Iturrioz, viendo el egército franco-navarro derrotado y sin temor de que pudiera volver á rehacerse, se habria marchado á sus hogares.

Las demás tropas empezaban á retirarse tambien.

Cuando el mancebo volvió á su caserío, creyó que ya habria nuevas del amante de su hermana, y se hallaba decidido á proteger sus amores.

Grande fué su sorpresa cuando solo encontró á Gil, quien llevó la noticia de que Juan de Arpide habia perecido en la batalla.

Esta noticia, dada sin ningun miramiento, causó una herida mortal en el corazon de Inés.

La profunda tristeza que se habia apoderado de ella, y la fiebre lenta y tenaz que nunca la abandonaba, minaban de hora en hora su existencia.

Pasaba los dias sentada en el tronco del árbol en el cual vió por primera vez á su amado, y por las noches se levantaba furtivamente del lecho para pasearse solitaria por el prado vecino.

Palideció su semblante; apagóse el brillo de sus ojos; demacráronse sus miembros; y de aquella jóven tan hermosa, ya no quedaba mas que una sombra animada por un leve soplo de vida próximo á extinguirse del todo.

Las sábias reflexiones del padre, las caricias de su madre y hermanos, ningun bálsamo derramaban en aquel corazon herido de muerte.

A las reflexiones del padre, que escuchaba con paciencia, contestaba con una tristísima sonrisa: á las caricias de su madre, con lágrimas abundantes.

Así pasaron algunos meses.

Habia llegado el fin del otoño.

Las hojas de los árboles volaban por la atmósfera, impelidas por los nordestes, como bandadas de pájaros cuando emigran á climas remotos.

El azul del cielo estaba cubierto por las primeras nieblas del invierno; los dias acortaban sensiblemente, y las noches alargaban su duracion sobre la tierra.

La enfermedad de Inés seguia su curso, y sus paseos nocturnos habian cesado.

Encontrábase una noche la familia reunida cabe el hogar.

El patriarca con su venerable cabeza descubierta, bendecia la frugal cena que se veia colocada en la rústica mesa: Gil de Iturrioz hallábase sentado en un extremo.

Catalina hilaba su copo de lino, dirigiendo tristes miradas á Inés, que sentada sobre almohadas, medio cerrados sus párpados, cruzadas las manos casi trasparentes, murmurando algunas palabras, sonriéndose á veces tan melancólicamente, que su sonrisa arrancaba lágrimas.

Dominica lloraba oculto el rostro en su delantal de lienzo blanco, y Antonio apretaba convulsivamente entre sus manos el cuchillo con que hacia ingeniosas labores en un palo de fresno, destinado á servir de báculo á su hermana casi moribunda.

Un silencio profundo reinaba en aquel recinto.

La tempestad rugia por la parte de afuera.

De repente se oyeron algunos golpes en la puerta.

—Ved quién llama, Antonio, dijo el gefe de la familia.

—Un pobre extrangero extraviado que os pide asilo: contestaron desde la puerta.

—Dios proteja al caminante, repuso Pedro Iturrioz; entrad quien quiera que seais; la puerta de la casa de un vascongado está siempre abierta al caminante.

El extrangero entró; los jóvenes se levantaron?

Antonio se acercó á él para prestarle aquellos servicios que la hospitalidad vascongada sabe prestar.

Catalina dejó la rueca y colocó en la mesa otro cubierto: el gefe hizo seña al recien venido para que se sentara en el sillon de baqueta, puesto de honor reservado al mas anciano de la familia, y que este siempre cede al extrangero.

El que acababa de entrar era un peregrino.

Su edad podia ser como de cincuenta á sesenta años: barba poblada y blanca; rostro moreno; crespo el cabello; de mirar distraido; de miembros robustos aun, mas con muestras da fatigados; roto el trage talar que lo cubria; ancho sombrero de fieltro en la cabeza; largo bordon en la mano.

A la señal del gefe tomó asiento, y comió lo que aquel le presentaba en el plato.

Concluida la cena, pidió Pedro al extrangero rezase la oracion de la noche, lo que el caminante verificó con voz temblona.

Apenas el peregrino hubo cesado su rezo se oyó un quejido que hizo volver la cabeza á todos los circunstantes.

Inés se habia incorporado: sus ojos sin brillo, se hallaban desmesuradamente abiertos: la boca seca y pálida articuló algunos sonidos y sus manos y brazos extendidos hácia adelante, parecian atraer un objeto lejano.

En este estado permaneció algunos minutos, con asombro de cuantos la miraban.

Luego movió lentamente la cabeza y volvió á tomar la postura anterior.

—Inés, la dijo Dominica con tierno acento; ¿quieres alguna cosa?

—Nada, hermana mia, nada me apetece; he tenido un sueño feliz: pero estos jamás se realizan; y la jóven tornó á su inmovilidad y su silencio.

—Hija mia! murmuró Catalina sollozando.

—Despedios de ella, madre mia, repuso Inés mirándola tristemente; su vida se acaba por momentos, y muy pronto marchará á reunirse con su amado.

Catalina cogió sus manos y comenzó á besarlas apasionadamente.

—Vuestra hija está enferma? preguntó el peregrino á Pedro en voz baja.

—La cólera de Dios ha descendido á nuestra morada: contestó este: bendigamos su nombre y sometámonos á su soberana voluntad.

La santa resignacion del anciano hubo de conmover al extrangero, pues sus ojos vertieron lágrimas.

—Y sabeis la causa de su enfermedad? tornó á preguntar.

—Dicen que muere de amor.

—Pobre jóven! murmuró el romero.

—Decís bien; ¡pobre jóven! repuso el anciano. Antes de esta desgracia era el orgullo de mis canas; la alegría de mi corazon.

—Quizá la ha abandonado su amante...

—No: su amante era uno de nuestros vecinos, noble y honrado.

—Y qué ha sido de él? volvió á preguntar el romero.

—Murió: contestó el anciano bajando la cabeza; murió, cuando estaban próximos á extinguirse los odios que dividian nuestras dos familias; cuando sabedor de su noble comportamiento para con mi hija, me hallaba dispuesto á admitirlo en mi familia. ¡Oh! el odio es una pasion maldita; y por abrigarla demasiado tiempo en mi pecho, Dios me castiga: bendita sea la justicia de Dios!

—Podríais decirme cómo murió? insistió el romero.

—Con la muerte que deseo para mis hijos: en el campo de batalla.

El peregrino volvió lentamente la cabeza, y quedóse mirando de hito en hito á Gil, que permanecia taciturno y pensativo sin osar mirar á su hermana.

—Habeis dicho que murió en el campo de batalla? preguntó al cabo de algun tiempo.

—Esa es la verdad; contestó el anciano.

—Combatiendo á sus enemigos?

—Combatiendo á los enemigos de su país.

Otra vez miró el peregrino á Gil de Iturrioz.

Antonio se habia aproximado al lado de su padre, y escuchaba aquel diálogo con atencion profunda; la preocupacion de Gil no le permitia oir nada de lo que se hablaba á su inmediacion.

—Qién os ha dicho eso? tornó á preguntar el extrangero.

—Mi hijo que lo vió morir.

—Cuál de los dos? ¿El rapaz que nos escucha, ó Gil á quien veo tan preocupado?

—Gil; contestó el anciano admirado de la curiosidad asaz indiscreta del extrangero, y mas admirado aun de que supiese el nombre de su hijo.

—Gil Iturrioz ha mentido en tal caso; dijo el peregrino con voz sonora.

—Gil Iturrioz no miente nunca; exclamó el primogénito de la familia poniéndose en pié, y amenazando al extrangero con la mano levantada.

—Herid, caballero, herid mi rostro; el rostro de un anciano; y será la segunda vez que lo haceis; dijo el romero humillándose.

El brazo del mancebo cayó inerte ante aquella humildad evangélica, y cubrióse el rostro con las manos.

—Caballero, exclamó en seguida; yo os acuso ante vuestros parientes del crímen de asesinato.

Todos los circunstantes se extremecieron al oir tales palabras. Inés salió de su inmovilidad y fijó su atencion en aquella escena.

—Mentís, villano! gritó Gil furioso, agradeced á que os cobijais bajo mi techo: agradeced á vuestras canas el que no os haya atravesado con mi espada.

—¿Desde cuándo olvidan mis hijos, exclamó Pedro Iturrioz con airado semblante, los deberes que nos imponen las leyes de la hospitalidad? Sentaos, Gil, sin replicar: se os acusa de un crimen. Vos, añadió dirigiéndose al peregrino, habeis pronunciado una acusacion grave... ¿podeis probarla?

—Al momento, si gustais; contestó el peregrino.

—Empezad, pues; dijo el anciano revistiéndose su

semblante de la magestad de un juez que juzga sin apelacion.

—A vos, Gil de Iturrioz, caballero guipuzcoano, me dirijo. ¿A quién encontrásteis en el valle de Articuza hace cuatro meses? preguntó el peregrino en alta voz.

Gil se extremeció y miró al romero con terror.

—¿Cuál fué la conversacion que medió entre vos y Juan de Arpide? no os ofreció la paz?

—Sí, contestó en voz baja el acusado.

—No os prometió su amistad sincera?

—Es cierto.

—Y en vez de aceptarla, no le insultásteis?

—Tambien es verdad, contestó Gil con abatimiento.

—¿Y al insulto, no añadísteis la injuria de herirle en el rostro con vuestro guantelete?

El mancebo nada contestó.

—Responded, Gil de Iturrioz, prosiguió el peregrino. Cuando echásteis mano á vuestras armas; ¿no érais vos el que atacábais, al paso que nuestro antagonista solo se limitaba á defenderse de vuestros golpes sin querer heriros?

Tampoco contestó Gil esta vez, su padre le dirigia iracundas miradas: Antonio temblaba de indignacion; y las tres mujeres parecian asombradas.

—A vos me dirijo ahora, anciano, prosiguió el extrangero. Vuestro hijo tropezó y cayó en tierra, y cuando Juan de Arpide, justamente enojado, podia matarle en buena ley, dióle la mano para levantarle; propúsole de nuevo la paz, y en lugar de admitirla, le tiró una estocada que hirió su cuello, precipitándolo despues de la cúspide de una peña á un profundo barranco. ¿Cómo apellidareis en lo sucesivo á vuestro hijo?

—Gil! salid de mi casa; exclamó el anciano señalando con imperioso ademan la puerta del caserío. Ya no os reconozco por mi hijo.

Inés lanzó un grito y cayó de espaldas. Catalina y Dominica quedaron aterradas.

Cuando Gil, en cumplimiento de la órden de su padre, iba á abandonar la casa paterna detúvole el peregrino.

—Mirad á vuestra hermana próxima á espirar: arrepentíos de lo que habeis hecho, y tal vez pueda remediarse tanto mal.

Acercóse el extrangero á Inés, que empezaba á volver en sí, merced á los cuidados de su madre, y tomándola la mano, exclamó dirigiéndose á los circunstantes.

—¿Si Juan de Arpide viviese, consentiríais en su matrimonio con Inés?

Antonio corrió hácia el extrangero; quitóle súbitamente el sombrero; cayóse la blanca barba que adornaba su rostro, y apareció á la vista de todos el noble semblante del amante de Inés.

Un grito de asombro y de alegría lanzaron cuantos se hallaban en el aposento.

Inés miró á su amado; pasóse la mano por los ojos; oró en silencio algun tiempo, y al fin, enlazando sus brazos en el cuello de Juan de Arpide, derramó lágrimas de placer sin pronunciar una sola palabra: aquel silencio era sublime.

Gil se quedó pálido de terror, pues creyó sobrenatural aquella aparicion.

Conocido el error, acercóse al fin á Juan, y con voz conmovida le dijo:

—Hermano, intercede por mí ante el justo tribunal de mi padre

. . . . . .

A principios del mes de mayo inmediato, se celebraba con grande algazara el matrimonio de Inés de Iturrioz con el primogénito de la casa de Arpide.

EPÍLOGO.

ARTICUZA.

Dos dias despues del matrimonio de Inés, á cosa de media noche, sentíase quegidos dolorosos en el angosto valle de Articuza.

A favor de los rayos de la luna veíase acurrucada junto á un arroyo, una mujer decrépita, desmelenado el cabello, rotas las vestiduras, lastimosamente macerado el cuerpo.

A su lado se veian algunas sombras, ó mejor dicho, fantasmas blancas que la golpeaban sin piedad, y presidiendo aquel flagelamiento, la Maitagarri del Pirineo.

Su rostro aparecia airado; sus ojos arrojaban chispas de cólera y su boca lanzaba aullidos en vez de palabras.

Ya no era aquella hermosura que embelesó los sentidos de Juan de Arpide: era sí una hermosura de otro género... la del ángel caido, cuando por acaso deja de sufrir los tormentos del infierno.

—Mujer maldita! decia interpelando á la anciana. ¿De qué me sirvieron tus filtros? ¿Para eso me pediste la mano izquierda de un niño dormido? ¡Y yo, triste de mí, que creí mas en el poder de tus pócimas, que en el de mis gracias!!

—Perdon! gritaba la bruja de Zaldiñ, pues no era otra la azotada. Yo no podia suponer que tardaria tanto tiempo en dormirse.

—Debias haberlo previsto, sin embargo; los primeros meses se dormia una hora antes de aparecer la luz de la aurora: luego resistia por mas tiempo á la accion del licor, hasta que al fin sucedió lo que yo temia. Azotad sin compasion á esta bruja.

—Perdon! tornaba á gritar la azotada.

—¿Perdon dices, cuando desearia hacer pedazos tu cuerpo maldito? Muere, muere embaucadora, como has vivido. ¿Crees que podré perdonarte el que Juan de Arpide haya sido testigo de mi aniquilamiento apenas asoma el sol, y que haya podido fugarse de mis brazos, despreciar mi amor por el de otra mujer? ¿Y todo porqué? Porque tus filtros no tuvieron fuerza bastante para prolongar su sueño hasta el anochecer del dia inmediato: entonces, al despertarse, hubiérame visto cual soy de noche; bella, encantadora, rodeada de lujo, de poder y de maravillosos misterios... muere, muere.

Y la bruja de Zaldiñ no pudo soportar por mas tiempo aquel tormento.

Murió.

Maytagarri con su séquito hundióse en la cueva maravillosa, de la cual no salió en mucho tiempo.

Cuando volvió á aparecer, ya se habia edificado la ferrería de Articuza: y el ruido del colosal martillo de hierro, y el de los fuelles inmensos que soplan atizando un fuego semejante al de un volcan, hizo abandonar á Maitagarri aquellas comarcas para habitar otras mas solitarias: los ventisqueros de Ahuñemendi.

El cuerpo inanimado de la bruja, tornóse negro como el carbon; y una águila gigantesca lo remontó por los aires en sus poderosas garras.

JOSÉ M.ª DE GOIZUETA.

LOS PIRATAS AMERICANOS.

I.

UNA TUMBA EN MEDIO DE LOS BOSQUES.

Las límpidas aguas del rio Wabash que despues de haber atravesado el Illinois y la Indiana se vierten en el Ohio, corrian con lentitud entre ribazos peñascosos y escarpados, por en medio de risueñas praderas ó bien bajo la silenciosa sombra de selvas vírgenes, jugueteando por entre las plantas y los sáuces, formando mil recodos, deslizándose tan pronto suavemente sobre un lecho de musgo ó de guijarros, tan pronto precipitándose con impetuosidad hasta el medio del Ohio, donde se encuentran las corrientes y donde las olas burbugeando esparraman con estrépito su espuma dorada por los rayos del sol.

En la primavera de 18... dos hombres descansaban en la pendiente de una colina cubierta por un soto espeso, teniendo echadas las carabinas á un lado sobre el césped. El mas jóven aparentaba tener unos veinte y cuatro años, y su trage era mas propio de un marinero que de un cazador. Un sombrerito charolado bajo de copa, adornado con una ancha cinta, descansaba con cierta coquetería sobre sus cabellos claros y rizados; vestia chaqueta azul de marinero, cubriendo con ella unas espaldas de las que el mismo Hércules se hubiera envanecido, pantalon blanco de lienzo ceñido por encima de la cadera por un estrecho cinturon del cual pendia un cuchillo de hoja maciza con su vaina de cuero; una camisa encarnada de franela y una corbata negra de seda completaban el trage de este jóven y á decir verdad, los macasinos bordados que llevaba denotaban que estaba mas acostumbrado á la vida de las montañas que al puente de un buque.

Al lado de este personage se veia tendido muerto sobre la yerba manchada de sangre un osesno, al que un soberbio lebrel dirigia miradas de codicia y de rabia, porque la respiracion jadeante del pobre animal como tambien una ancha herida en el lomo de la que salia alguna sangre, atestiguaban que la persecucion de la pieza habia sido encarnizada, y que la victoria alcanzada sobre tan poderoso enemigo habia costado cara.

El segundo cazador era un hombre como de sesenta años, y aunque menos alto y robusto que su jóven compañero, nada en él demostraba la vejez. Sus ojos brillaban con el fuego de la juventud, y los colores impresos en sus megillas atestiguaban su salud. Sus vestidos eran los de un colono y se componian de una camisa de trama de algodon guarnecida con una franja de lo mismo, de unos zapatos con suelas gordas y de polainas de cuero. En lugar del cuchillo de marinero que pendia de la cintura de su compañero, el anciano cazador llevaba un machete de hoja larga, ancha y cortante. Una manta arrollada y fuertemente atada estaba suspendida sobre sus espaldas por unas cuerdas hechas de cortezas de árboles. Era evidente que estos dos hombres se habian echado sobre la yerba con objeto de descansar de las recientes fatigas de la caza.

El de mas edad que estaba apoyado sobre el codo derecho, fué el rimero que rompió el silencio.

—Tom, es necesario que no nos detengamos aquí por mas tiempo; el sol va á esconderse en el horizonte, y creo que nos hallamos á gran distancia de la rivera.

—No os inquieteis, Edgeworth, replicó el jóven tendiéndose cuan largo era y mirando al cielo á través de las espesas ramas; el Wabash corre allá abajo donde veis ese tinte luminoso, y de aquí allá á lo mas hay mil metros. Con la mejor voluntad del mundo vuestros subordinados no sabrian conducir esta tarde el buque hasta aquí. Cuando venga la noche se verán contrariados á causa de la oscuridad para desembarcar ó echar el ancla, porque la orilla está llena de rocas y de troncos de árboles desgajados, y sería peligroso navegar á oscuras. Por otra parte, cuando los hemos dejado tenian que andar todavía quince millas para evitar los desvíos del rio y venir aquí por camino recto.

—Cualquiera diria que conoceis perfectamente el país.

—Ya lo creo, respondió Tom sonriendo. He cazado por aquí durante dos años, y así sé la situacion de cada árbol y de cada rio. Yo vine á este distrito antes de la época en que hice conocimiento con Dickson, y en que me embarqué en un escúner para ir al Brasil ¡Pobre diablo! ¡qué poco sospechaba él entonces el triste fin que le aguardaba!

—No me habeis contado nunca detalladamente ese triste suceso.

—Esta noche misma puedo satisfacer vuestra curiosidad, pero antes es necesario cortar leña y preparar nuestro campamento; al apuntar el dia ganaremos la orilla del rio á fin de aguardar allí el buque.

—Cómo lo haremos pera llevarnos nuestra caza? La distancia no es muy larga, pero nos será, sin embargo, muy difícil trasportar este oso hasta allí.

—Pues bien, le dejaremos aquí, respondió Tom levantándose con presteza y ajustándose la hebilla de su cinturon. Si nuestros camaradas quieren comer carne de oso, ellos mismos vendrán á buscarlo.

—Y si quisieran abandonarnos? objetó Edgeworth.

—No lo creais; Bill sabe dónde debe aguardarnos en caso de que no nos reunamos con ellos, y estoy cierto que el buque no partirá sin su capitan.

—Vamos, todo está muy bien dispuesto, dijo el anciano levantándose á imitacion de su compañero. Por lo que á mí toca, voy á cortar algunos trozos de filete del oso y á colgar en cualquier parte el resto del botin. Pues señor, ya está hecho, y ya tenemos con qué cenar esta noche. Ahora, bravo Tom, dirijámonos un poco hácia la izquierda, porque tengo necesidad de beber antes que anochezca, y si el aspecto de los árboles que nos rodean no me engaña, debemos encontrar por aquí un arroyuelo.

Los dos individuos apresuraron el paso para aprovechar las últimas horas del dia, y encontraron en efecto el manantial, y junto á él una gran porcion de hojas y ramas secas con las cuales encendieron un buen fuego que sirvió para asar suculentos trozos de carne de oso. Mientras se cocia la cena, los cazadores tendidos sobre sus mantas contemplaban el brillo chisporroteante de las llamas, saboreando con satisfaccion el agradable reposo de que gozaban en este momento.

Los dos sugetos cuya conversacion acabamos de referir, pertenecian á la tripulacion de uno de esos buques chatos que hacen el comercio con Nueva Orleans. Su embarcacion estaba cargada de whisky, cebollas, manzanas, carne de venado ahumada, jamones, albérchigos secos y maiz. Este cargamento procedia de las haciendas del viejo Edgeworth, que poseia en las orillas del Wabash, en Indiana, una granja magnífica que explotaba con inteligencia, y cuyos productos vendia unas veces en Nueva Orleans, y otras en las ciudades del litoral del Misisipí.

Además, Edgeworth llevaba una cantidad de dinero bastante considerable que contaba emplear en mercancías de difícil adquisicion en el país que habitaba. El antiguo arrendador habia residido el principio en Miamí, en el estado de Ohio, y hacia solamonte dos años que habia venido á fundar una granja á orillas del Wabash. Su objeto era huir de la civilizacion; porque preferia la vida silvestre, la pesca y la caza sin trabas ni restricciones, á la vecindad forzosa de cortijeros quimeristas y envidiosos de la buena suerte de los demás.

Tom, pariente lejano de Edgeworth, era huérfano. Algunos años antes de la época en que tiene principio nuestra historia habia tratado tambien de establecerse á orillas del Wabash, pero cambió de modo de pensar á consecuencia de una conversacion tenida con un marinero llamado Dickson, antiguo amigo de su padre. Cuando tuvo lugar este encuentro, Dickson estaba próximo á emprender un viage, y Tom resolvió acompañarle.

Los dos se embarcaron en Cincinati, en un escúner mandado construir por Dickson y que habia cargado de productos del Norte con destino á Nueva Orleans. Despues de haberse desembarazado de este cargamento, los nuevos asociados habian tomado otro para la Habana, y desde allí costeando la América del Sur llegaron al Brasil, donde Dickson fué traidoramente asesinado.

Cuando Tom regresó de este largo viage parecia que no estaba muy contento en su país, puesto que se mostró muy solícito para acompañar á Edgeworth en su excursion á lo largo del Misisipí.

El viejo arrendador sacudió la cabeza en ademan de reconvencion al ver á su pariente lleno de indiferencia respecto á su porvenir, y manifestó á Tom que hacia ya mucho tiempo que debia haber renunciado á su vida errante, haberse despedido de sus camaradas nómadas, y ser un colono respetable y digno de consideracion.

Cansados de la monotonía del viage, Tom y Edgeworth saltaron á tierra, donde por una feliz casualidad tuvieron la suerte de matar un oso magnífico. Durante este tiempo, el buque gobernado por cinco vigorosos remeros, avanzaba lentamente siguiendo los infinitos recodos del gigantesco rio de la América del Norte.

—Cuánto me gusta esta vida salvage! exclamó de repente Tom despues de un largo silencio, arrellanándose sobre su capa como para poder admirar con mas comodidad el viso del follage iluminado por la inquieta llama; ¡viva una noche serena, un tiempo seco y un asado de oso! Ciertamente que un poco de miel no echaria á perder nuestra cena, á pesar de que este manjar es un poco delicado para comerlo sin aderezo. ¡Cuántas veces tendido sobre la cubierta de un buque, como estoy en este momento debajo de estos árboles, he contemplado las estrellas radiantes del firmamento acordándome con sentimiento de mi patria! Oh! qué horrible es eso! Edgeworth, ¿no lo habéis experimentado jamás?

—No, respondió el anciano envolviendo con la corbata el rastrillo de su carabina despues de haberla cargado cuidadosamente; y luego añadió colocándola á su lado: ¡Oh! he experimentado penas mas crueles. Pero ¡bah!

dijo frunciendo las cejas, no turbemos nuestra tranquila velada sacando á colacion semejantes recuerdos; mejor será que me conteis lo que sucedió en el Brasil á vuestro amigo Dickson.

—Si creeis que esto os puede distraer no deseo otra cosa. ¡Todos los hombres son lo mismo! prefieren oir el relato de historias tristes, mas bien que hablar de cosas alegres que les conciernan. Por otra parte, lo que voy á contaros no es largo. Habiamos entrado en el pequeño rio de San José, contando vender á los plantadores y á los insulares nuestro cargamento de whisky, trigo, cebollas y hojalata, cuando nos apercibimos cierta tarde que era imposible llegar á una de las plantaciones antes de anochecer. Tuvimos pues precision de amarrar sólidamente nuestra pequeña embarcacion al tronco de una palmera que crecia cerca de las orillas; cenamos en seguida y nos acostamos bajo nuestros mosquiteros. No habiamos tomado ninguna precaucion, ni siquiera pensamos en nombrar el cuarto de guardia. Un árbol caido cuya cima se tendia en el agua como para impedir que nos acercásemos á la orilla, parecia que debia abrigarnos contra todo peligro. De repente Dickson que estaba acostado á mi lado, me movió suavemente para preguntarme si habia visto algo. Despertando sobresaltado le respondí refunfuñando; pero sin hacer caso de mi mal humor, Dickson me sacudió con fuerza en la espalda, diciéndome por lo bajo:

—Alerta, Tom, despierta; en la playa sucede algo extraordinario.

—¡Halloo! exclamé acordándome por primera vez de los *Pieles Rojas*, pensando que podrian muy bien tener los mismos hábitos que los salvages de nuestras comarcas.

Escuchamos los dos con mucha atencion; y luego dijo Dickson de repente:

—Arriba, compañeros, aquí están los miserables! avanzando al mismo tiempo, mientras yo buscaba mi cuchillo que con la precipitacion no pude encontrar. Los piés de Dickson debieron enredarse en los pliegues de nuestros mosquiteros, porque oí el ruido que hizo al caer sobre el puente, advirtiendo al volverme que dos sombras se deslizaban á lo largo del escúner y se precipitaban sobre mi camarada. En aquel momento puse la mano casualmente sobre un espeque, que era el arma de que podia hacer mejor uso, me apoderé de él con presteza y mandé á nuestra tripulacion (que se componia de tres marineros y un grumete) que cortasen el cable que retenia al buque cerca de la orilla, asestando al mismo tiempo varios golpes violentos á la cabeza de los dos miserables que saltaron ó mas bien cayeron por encima del borde de la cubierta, porque al dia siguiente encontré el espeque manchado de sangre y pedazos de seso. Mientras los marineros se despertaban, el grumete tuvo bastante presencia de ánimo para coger un hacha y cortar el cable; en el mismo momento nuestro escúner se alejó arrastrado por el reflujo de las aguas. Dos de los marineros, Meiers y Rawits, me digeron que habian muerto cinco perillanes de los que se habian asido á los costados del buque; ignoro si decian verdad. En cuanto á nuestro pobre capitan, estaba tendido exánime sobre el puente; el hierro de una lanza le habia atravesado el pecho, mientras un golpe de maza le destrozaba la cabeza.

—Qué se hizo del cargamento?

—Lo vendí aquella misma semana, y cargué la *Carlota* (que así se llamaba el escúner) con artículos de buen despacho en nuestro país. Cuatro meses despues llegué sin ocurrencia notable á Charleston, donde residia la viuda de Dickson. La pobre mujer lloró á su marido durante algun tiempo, pero á decir verdad, el dinero que le llevé fué para ella un poderoso consuelo: habian trascurrido ocho semanas cuando se casó con un plantador vecino suyo: ¡Así va el mundo!

—Ella á lo menos ha sabido positivamente que su marido ya no existia, murmuró el anciano hablando consigo mismo; ella ha sabido como y dónde ha muerto, mientras muchos pobres padres durante gran número de meses y años ignoran cuál ha sido el paradero de sus hijos y esperan sin cesar reconocer, en el rostro del extrangero á quien encuentran en la calle, ó del viagero que les pide hospitalidad por la noche, las facciones de los seres queridos que se aguardan con impaciencia, y finalmente, tienen que convencerse de que la persona por quien suspiran hace ya mucho tiempo que no existe, que hace mucho tiempo que sus miembros fueron destrozados y sus huesos roidos por los osos ó los coyotes.

—Oh! dijo Tom avivando el fuego, lo que habeis dicho, Edgeworth, es ya viejo; es cierto que muchos hombres encuentran la muerte en medio de nuestras selvas, que otros perecen en el rio, resultando que muy raras veces ó casi nunca vuelven á saber de ellos sus amigos ó parientes, y además, ¡cuántos millones de navegantes se traga el mar! Pero esta es una cosa que no tiene remedio. Yo confieso sin tenerlo á vanagloria, que he arrostrado muchos peligros, pero el temor á la muerte nunca ha quebrantado mi valor.

—Y sin embargo, repuso el anciano con acento menos lúgubre, sucede algunas veces que el que se creia perdido para siempre vuelve en el momento menos pensado. Un dia, por egemplo, llaman á la puerta, y los padres desconsolados derraman lágrimas de contento y estrechan en sus brazos al hijo pródigo, al hijo querido y por mucho tiempo llorado.

—Este es un caso excepcional, replicó Tom en tono de duda, porque nuestros steamers causan la muerte de gran número de personas. Pero decidme, Edgeworth, ¿porqué os quitais vuestra capa? Es cierto que no hace frio, convengo en ello; pero no es prudente echarse sobre la tierra ...

—Es mi costumbre, contestó Edgeworth, que parecia abismado en sus tristes pensamientos.

—Utilizaos de la capa ya que la teneis.

—A juzgar por el dolor que sentia en las espaldas, aquí donde estaba tendido debe haber algunas raices ó piedras; hé aquí porqué cambio de sitio.

—Está bien, dijo Tom; pero vale mas hacerse un lecho de hojas secas que permanecer así sobre el duro suelo. Dejadme hacer, y en un instante os habré preparado una buena cama.

A estas palabras Edgeworth se levantó acercándose al fuego, mientras Tom alzaba la capa y tentaba el terreno.

—Diablo! exclamó, no extraño que no os halláseis bien; no son raices lo que hay en este sitio, son mas bien huesos de ciervo. ¿Cómo diantre no los habíamos visto?

Y diciendo esto, Tom tiró los huesos cabe la hoguera. Recogió en seguida todas las hojas secas que pudo hallar, extendió encima la capa, luego para que no se extinguiera el fuego en toda la noche añadió algunos troncos grandes, se descalzó, se quitó la chaqueta para cubrirse con ella, y se acostó con la esperanza de dormir durante dos ó tres horas aguardando el arribo del buque.

Edgeworth que habia recogido uno de los huesos, le examinaba con una atencion que al parecer no merecia objeto tan significante.

—Tom, dijo repentinamente teniendo el hueso en la mano y bajándose hácia la llama para verlo mas de cerca; esto no es un hueso de ciervo.

—Pues bien, entonces puede que sea de lobo ó de oso, murmuró Tom medio dormido.

—De un oso es posible; sin embargo, amigo mio, me parece que el que estoy mirando es de persona.

—Entonces evitad que el perro lo toque. ¡Diantre! teneis razon, repuso el jóven, que se levantó con presteza abriendo mucho los ojos y mirando en derredor con ansiedad.

—Qué es eso? Qué buscais? preguntó entonces Edgeworth sobresaltado.

—Estais seguro de que estos sean restos humanos? repuso calzándose precipitadamente.

—Yo lo creo así; y hasta me parece que este es un fémur. ¡Mirad! Este hueso es demasiado grande para un oso. Pero ¿qué teneis, amigo mio?

—Si realmente es un hueso humano, dijo Tom, yo conocia al hombre á quien ha pertenecido. Cuando descubrimos su cadáver yo fuí quien le ocultó debajo del ramage, y esta es la razon porque hemos encontrado amontonada en este lugar tanta leña medio podrida. Sí, este es el sitio, bajo esta encina; hé aquí la cruz que yo entallé con mi cuchillo.

—Pero ¿quién era ese hombre y cómo murió? preguntó Edgeworth.

—No sé si podré contestar á todas vuestras preguntas; todo lo que os puedo decir es que fué muerto del modo mas horrible por un batelero cuyo sloop estaba amarrado precisamente en el mismo sitio donde creemos encontrar mañana nuestra embarcacion. El miserable le mató como un lobo con objeto de robarle algunos dollars.

—Eso es espantoso, dijo el anciano, que dejó el hueso cerca de él tendiéndose en seguida encima de su capa.

Tom volvió á sentarse donde estaba antes y apoyó su cabeza en la mano derecha.

—Perseguíamos un enjambre de abejas, dijo dirigiendo su vista hácia la osamenta y dejando vagar por su imaginacion el recuerdo de una época pasada; cuando Bill...

—Quién, el batelero!

—No, ese pobre muchacho que fué asesinado.

—Ah! no tenia otro nombre?

—No he podido saberlo jamás. Le traté apenas cuatro dias, pero sospecho que venia del Ohio. Bill habia cometido la imprudencia de dejar ver á un pícaro marinero el dinero que tenia, y este cuando estábamos sentados al rededor del fuego, hizo alguna tentativa para inducirle á jugar. Bill rehusó, y esto contrarió fuertemente al miserable. Dos noches despues el batelero persuadió á Bill á que fuera á dormir á bordo con él. Estábamos acampados en el mismo punto donde hemos visto esta mañana el oso, porque habíamos perseguido las abejas hasta allí siguiendo las sinuosidades de la pradera: al dia siguiente por la mañana no vimos á ninguno de los dos, pero ¡cuál fué nuestra sorpresa al observar, cuando nos dirigíamos á la rivera al ponerse el sol, que el buque habia desaparecido! Los que nos habiamos quedado pasamos la noche á la orilla del agua, y hé aquí, yo le reconozco intacto, el viejo sicómoro cerca del cual encendimos lumbre. Por la mañana subimos á una colina y observamos un número considerable de buitres que volaban en la misma direccion.

(*Se continuará.*)

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN Á LISTAS DE IGUAL ANCHO, ROSA VIVO Y NEGRAS.—El trage, enteramente cortado á nesgas, no tiene pliegues en las mangas. Corpiño con escote muy bajo y tirantes; interiormente corpiño montante de muselina blanca bordada, con mangas largas y vueltas, cuyo bordado está forrado de cinta de tafetan rosa.

VESTIDO DE BODA.—Trage de paño de seda blanco sin ninguna guarnicion. El trage, cortado *á nesgas*, de cola, está simplemente orlado con un cordon torcido de seda blanca, que forma un trébol en el borde inferior de la costura de cada paño, y sube sobre cada una de estas costuras. Cinturon formado por un ramo de azahar, que termina en una rama larga; las mismas flores adornan las sisas de las mangas, así como se colocan debajo del rizado que guarnece el escote; guirnalda de azahar. Velo grande de tul de ilusion, cayendo por detrás hasta el extremo de la cola del trage.

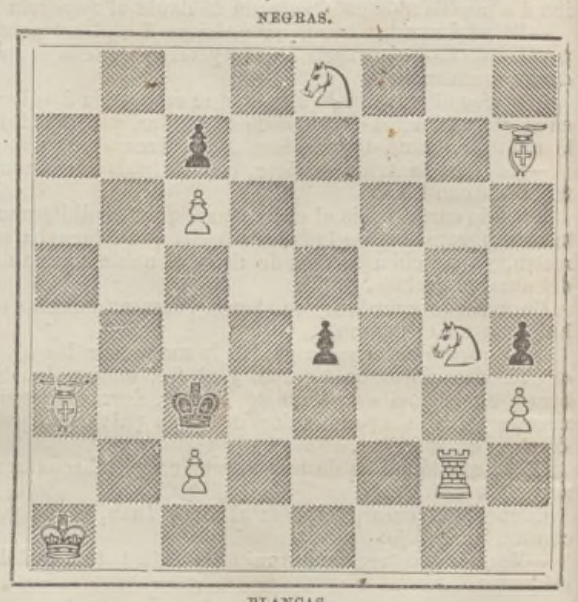
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 77.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. á casilla T.R.	R. toma C.
2.ª T. á casilla R.ª	R. juega.
3.ª T. á casilla T.R.ª	R. juega.
4.ª T. Jaque mate.	

PROBLEMA N.º 78, POR M. G. MENENDEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

A NUESTROS SUSCRITORES.

El Almanaque Enciclopédico que hemos dado de regalo á los señores suscritores de La Moda, ha sido servido á todos los que les corresponden, pero si por causas agenas á nuestra voluntad, á nuestro deseo y hasta contrarias á nuestros intereses, algunos señores no lo hubiesen recibido, dispuestos estamos á duplicárselos tan luego nos los reclamen.

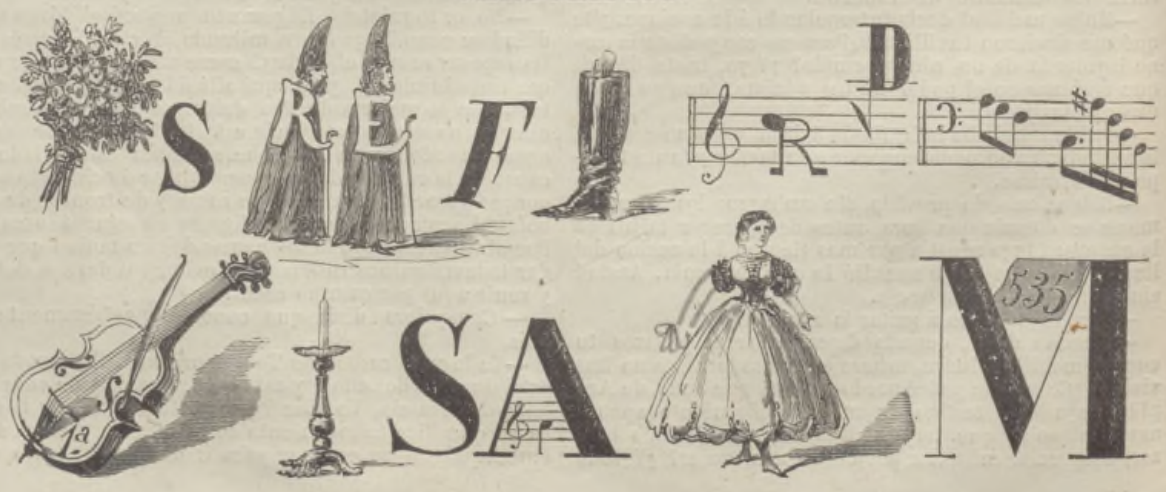
Lo propio decimos respecto á los números 1 y 2 del periódico, que de exprofeso hemos reimpreso con este objeto. Enero 26 de 1867.

EL ADMINISTRADOR.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

GEROGLIFICO.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob Paris